

*Historia y heterodoxia***El dogma de la realidad vs. el dogma
de la teoría: Historia y heterodoxia**

Carlos Medina

Universidad del Zulia
carlosarq21@gmail.com

El núcleo duro del antidogmatismo de Karl Marx consistió en su sencilla y clara recomendación a los investigadores de lo social, de no imponer una teoría a la realidad, sino por el contrario, la de abordar la realidad para descubrir cómo funciona y tener así una preclara teoría. A partir de esa premisa, Marx estableció un principio para hacer ciencia y sentó las bases para que sus descubrimientos no se convirtiesen en una inamovible doctrina y sus verdades en una nueva religión, es decir, Marx indicó con firmeza y convicción que el desarrollo que él imprimió al conocimiento no debería dar pie a la creación del marxismo. Este pensador crítico fue, en ese sentido, el primer antimarxista; es célebre su frase: “Yo no soy marxista”. Y quienes siguieron su simple y luminosa recomendación y la pusieron, en consecuencia, en luminosa práctica, felizmente fundaron lo que se ha venido denominando como el pensamiento marxiano.

Sirva esta introducción para entender por qué el oficio de hacer historia es un compromiso con la heterodoxia. La tarea del historiador, como la de cualquier otro investigador, es la de dejarse atrapar por la curiosidad y el escepticismo; en otras palabras, contemplar la realidad desde el universo de ideas en el que habita y tener la capacidad, a partir de sus conocimientos, de asombrarse, porque lo que percibe en ella le plantea

serios interrogantes a su cosmovisión. Es un hecho, pues, que le lleva en medio de su estupor, a una permanente revisión de su mundo teórico y a conseguir en el universo de ideas que otros hombres construyen, motivos para avivar su curiosidad y su escepticismo. Debemos, pues, por principios, mantenernos permeables a otros saberes, lo que significa algo muy importante, porque es la única manera de mantenernos de pie como intelectuales éticos.

Dentro de ese orden de ideas deseo realizar un acercamiento a la propuesta historiográfica del historiador Ángel Rafael Lombardi Boscán expuesta en *Banderas del Rey*, libro con el cual rompió varios moldes.

Durante el siglo veinte la historiografía venezolana fue sometida a un severo análisis por parte de Germán Carrera Damas. Josep Fontana (Fontana, 2002: 179) citando a este autor y refiriéndose a la historiografía que abarca ese período dice:

Ha sido necesario (...) reconstruir la historia colonial y profundizar en la de las sociedades nacionales surgidas de la emancipación, superando la épica de la independencia y la falsa ruptura radical que suponía que había entre la época anterior y la posterior a ésta, para alcanzar una visión que no se limite, como ha denunciado Germán Carrera Damas, a mostrarnos una historia vista exclusivamente a través de la mentalidad criolla, decididamente eurocéntrica, sino que establezca una nueva valoración que incluya «su rico patrimonio indígena y africano».

Vamos a valernos de esta referencia a Carrera Damas para destacar lo que la militante transgresión de Lombardi Boscán hace en *Banderas del Rey*. Este historiador, desde la mismísima partida, hace caso omiso de esa sugerencia de Carrera Damas de incluir el rico patrimonio indígena y africano y toma por

ruta lo que Carrera Damas sugiere abandonar (!) y, en consecuencia, va mostrar una historia vista a través de la mentalidad de los sectores dominantes de la sociedad colonial venezolana, y lo hace como nunca antes se había hecho. Tal inteligencia lanza de entrada a Lombardi Boscán sobre unas fuentes documentales extraordinariamente ricas, y entra a explotar un filón de documentos donde las vetas abren interesantes sendas temáticas, y por otra parte, al ejecutar su plan de investigación, se lanza sobre el terreno que Carrera Damas quería evitar, por los peligrosos filos que arroja ese frágil camino, es decir, se atreve a incluir en ese período de la historia venezolana, con voz propia, al sector social partidario de la monarquía. Lombardi Boscán, al tomar esa ruta, según nuestro criterio, sienta un precedente en la hermosa y compleja tarea de la reconstrucción de la historia nacional, porque poner como compañero de ruta en esta aventura historiográfica al bando defensor de las jerarquías imperiales fue, es y será algo temerario, no sólo porque con ese derecho a voz que Lombardi concede a ese sector levantó el tabú que impone la historia a los “vencidos”, sino porque al hacerlo permite establecer el vínculo político que existe entre amplios sectores sociales de la actualidad venezolana con aquellos de la época colonial hispánica, ya que ambos comparten un universo de ideas conservadoras que desde su origen constituyen un proyecto histórico.

Banderas del Rey coloca al lector con tanta o mayor pasión de la que ya sentía cuando devoraba la historia escrita “agarrada de la cola del caballo blanco de Simón Bolívar”, porque este trabajo nos introduce en un *mundo alucinante* desde sus primeras hasta sus últimas páginas; allí van apareciendo temas como el de *la contrarrevolución*, que echa a rodar diferentes y variados episodios de aquel proceso que cobra realidad histórica, puesto que con anterioridad los temas tratados sólo

degeneraban en un mundo de mitos. Por esta ruta incómodísima, pues, de pronto, tenemos una historia real, una historia ampliada, donde una clase social aristocrática, ilustrada, oligárquica y conservadora, se fractura, y donde cada bando, al definirse, se disputa la protagonización del proceso histórico desatado, y donde el poder de esa clase social es capaz de motorizar una *guerrodiversidad*, la cual Lombardi Boscán lista para sus lectores ávidos de novedades.

Sobre ese *mundo alucinante* y sobre *la contrarrevolución* dejo a los lectocuriosos descubrir *motu proprio* ese entramado del relato literario lombardiano; en cuanto a la *guerrodiversidad*, es una tentación ineludible transcribir ese aspecto multifacético a esta apretada reseña bibliográfica. Lombardi Boscán es explícito al calificar este período como una «Historia violencia» impulsada por los sectores sociales, los cuales apelan a ese último recurso para dirimir la supremacía de sus intereses en pugna (Lombardi, 2006: 1), donde con pasmosa ingenuidad las minorías que lideraron el inicio de ese proceso supusieron que la transición del viejo régimen a la modernidad se pudiese dar sin violencia (id. 332), y sin prever que el odio transformaría aquella contienda en una locura colectiva (id. 339). Fue una guerra con significados diversos (id. 332) a favor de la libertad y a favor de la monarquía (id. 1), guerra de conquista (id. 106), guerra social, guerra civil, guerra interprovincial, conflicto intercolonial, guerra de liberación (id. 2), guerra contra rebeldes (id. 333), guerra de exterminio, guerra extrema, guerra “informal”, guerra de guerrillas (id. 139), guerra cruel (id. 156), “Guerra a Muerte” (id. 142), guerra oficial (id. 146), guerra regular (id. 149) guerra de propaganda (id. 62), guerra “popular”, guerra “irregular”, guerra “internacional” (id. 60).

Estas guerras plurales —uno entre otros arbitrios que utiliza Lombardi Boscán para elaborar su discurso histórico— permiti-

rán a este acucioso investigador poner en marcha un relato que da cuenta de lo cruenta y nefasta que fue esa vía que tomó la confrontación entre todos los involucrados, ruta en la cual este estudioso aprovecha el tránsito para revisar, asunto por asunto, lo que señalaba la historiografía tradicional, tarea que lleva a cabo de un modo sistemático en cada capítulo, sección, página, línea, frase, categoría y concepto que va escribiendo. Esa intensa revisión, como es obvio, evidencia el propósito del autor de acometer la reconstrucción de la historia nacional, a la cual, en nuestra opinión, *Banderas del Rey* contribuye de un modo significativo. Esta obra, en ese sentido, debe ser indexada como uno de los pocos trabajos que en nuestra historiografía están haciendo realidad la nueva historia que se anhelaba tener en Venezuela.

No nos puede dejar de llamar la atención el hecho de que alguien rompiese, sin el menor miramiento, la acendrada tradición venezolanista de elaborar los discursos históricos desde la perspectiva única y exclusiva de los libertadores. La gran pregunta que aflora es, ¿por qué aparece en la historiografía venezolana, a comienzos del siglo XXI, una historia escrita que incluye, con voz propia, a los partidarios de la monarquía en la época independentista? Creemos que la historia tradicional estaba en plena decadencia, puesto que venía recibiendo, en el siglo veinte, acres críticas desde diversos sectores del pensamiento; con pausado paso, entre otras, una historiografía marxista ofrecía trabajos interesantes que no giraban en torno a los libertadores, sino que mostraban a otros actores sociales, como los esclavos negros, lo cual llevaba de un modo ineludible a la decepción generalizada por la mediocre Historia oficial vigente. Con Carrera Damas, en la segunda mitad de ese siglo, ese proceso declinante de la vieja historia se agudiza, porque este autor muestra de una forma irreverente los flagrantes errores en que se venía incurriendo al investigar nuestro pasado. Pero a

pesar de todo este esfuerzo reformador-actualizador, el contexto histórico por el que se encauzaba el país permanecía incólume, y es entonces cuando se entrevé que las investigaciones que se efectuaban no eran capaces de ir más allá de ciertos límites que los propios historiadores se autoimponían, obedeciendo a tabúes muy profundos que desde el inconsciente actuaban reprimiendo a estos estudiosos a ocupar ciertos “espacios”. ¿Qué hace añicos esos tabúes? Suponemos que fue necesario que esa situación de estabilidad —contexto histórico incólume— sufriera un serio percance, lo cual acontece cuando algunos de los fundamentos y/o elementos esenciales de la Historia oficial son rechazados por quienes empezaron a detentar el poder a partir del año 1999, es pues en esas especialísimas circunstancias de resquebrajamiento de lo establecido —se declara, por ejemplo, traidor a Páez— que se abre una brecha en la producción historiográfica, lo que hace impostergable la reconstrucción de la historia venezolana sin cortapisas desde todos los ángulos doctrinales, ocurriendo lo que denominaremos como la definitiva emergencia de la nueva historia nacional.

Banderas del Rey aparece en ese interregno favorable, donde la heterodoxia se hace posible y deseable, permitiendo que desde diferentes frentes tengamos la convergencia de diversas perspectivas que acuden a construir el núcleo duro de la nueva historia nacional. El aporte de Lombardi Boscán para ese núcleo, además de lo ya expresado, es el de ofrecer una inagotable profusión de *acontecimientos alucinantes*, donde la poética bachelardiana se hace realidad. Impacta, pues, con todo el terreno donde hoy se libra la batalla de las ideas que sacude a la nación y, tiene la virtud de practicar el dogma —¡feliz paradoja!— de acercarnos a la realidad y, a partir de ella, dar respuestas a los nudos de la historiografía venezolana y perspectiva a los conflictos e incertidumbres del presente.